

Marie Balmary

EL MONJE Y LA PSICOANALISTA

TRADUCCIÓN DE JULIA ARGEMÍ

FRAGMENTA EDITORIAL

ÍNDICE

Título original	LE MOINE ET LA PSYCHANALYSTE	<i>Prólogo</i>	7
Publicado por	FRAGMENTA EDITORIAL, SLL Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª 08024 Barcelona www.fragmenta.es fragmenta@fragmenta.es	I	13
		II	31
		III	43
Colección	FRAGMENTOS, I	IV	57
Primera edición	FEBRERO DEL 2011	V	75
Dirección editorial	IGNASI MORETA	VI	87
Producción editorial	JULIA ARGEMÍ	VII	111
Producción gráfica	INÈS CASTEL-BRANCO	VIII	129
Impresión y encuadernación	ROMANYÀ VALLS, SA	IX	159
© 2005	ÉDITIONS ALBIN MICHEL, SA por el texto	<i>Agradecimientos</i>	181
© 2011	JULIA ARGEMÍ MUNAR por la traducción		
© 2011	FRAGMENTA EDITORIAL por esta edición		
Depósito legal	B. 5.107-2011		
ISBN	978-84-92416-37-0		

PRINTED IN SPAIN

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRÓLOGO

SON DOS LOS ENCUENTROS que dan origen a este libro.

El primero, con el psicoanalista Jacques Lacan. En sus clases, y también dos veces en su consulta. Cuando se enteró por terceros de que mi tesis había sido rechazada en la Sorbona por uno de sus antiguos delfines, me pidió que fuera a verle. Sorprendida y honrada por la invitación, le expuse mis hipótesis. Me escuchó, me pidió que le dejara algo por escrito relativo a mi investigación y que volviera al cabo de una semana. Y así lo hice. Fue entonces cuando me animó —como tan bien sabía hacerlo— y me apremió para que me matriculara en el departamento universitario que estaba a cargo de sus discípulos. Cuando ya iba a salir, me pidió que «le dejara algo» a su secretaria. En un primer momento, no entendí de qué me estaba hablando. Después, cuando comprendí que se trataba de dinero, me negué: esa entrevista que él mismo había concertado no era en absoluto una sesión de análisis; aceptó mi negativa con inesperada humildad.

Cuando fui a la universidad, me encontré con un nuevo obstáculo: el vasallaje incondicional a las enseñanzas de Lacan que sus discípulos me exigían, muy parecido al que ya me había encontrado ante el erudito freudiano de la Sorbona. Entonces, me pareció claro que la universidad, al

igual que las sociedades de psicoanálisis existentes, no era el lugar donde continuar este tipo de investigación arriesgada en que me había metido —que, a través de una relectura de la vida y la obra de Freud, se remontaba hasta cuestiones fundamentales: las ofensas infligidas al sujeto, las leyes de relación, el origen de la palabra... Todo esto me había conducido hacia las fuentes de nuestra civilización, en concreto hacia la gran figura de Moisés, a la que Freud se había enfrentado tanto.

Y ahora, ¿qué podía hacer? Quizás estaba equivocada, pero, al menos, estaba liberada de cualquier deber universitario y de cualquier subordinación de pensamiento. A falta de una idea clara sobre qué dirección tomar, sentí un deseo: conocer a Marc-François Lacan, conocido como Marc, monje benedictino y hermano pequeño del psicoanalista. Quería preguntarle cómo se las arreglaba con la doble lectura de los textos bíblicos —de los que era un intérprete reconocido—, por un lado, y de la obra de su hermano —que seguía con gran interés—, por otro.

Teniendo en cuenta que yo estaba pasando las vacaciones de Semana Santa en un lugar no muy alejado de su monasterio, pensé en él y supuse que no sería fácil que nos encontráramos en medio de esos días de recogimiento y de grandes oficios. Sin embargo, como sabía que no iba a volver en bastante tiempo por la zona, le llamé. Me contestó diciendo que me recibiría con mucho gusto, pero —añadió excusándose— que solo disponía de la mañana del viernes santo.

Llegué a la hora convenida, tras atravesar una zona montañosa por la que me perdí un poco debido a la niebla. Salió a recibirme a la portería. Viéndome el frío en el rostro, me llevó a una sala donde crepitaba el fuego y enseguida me dijo:

—¿Quiere un café?

Me sorprendió una propuesta como esta en un día como aquel. O sea, que la hospitalidad monástica prevalecía sobre la regla del ayuno... Desapareció un breve instante y volvió con una bandeja, una cafetera y dos tazas que llenó, tendiéndome una. Aún me sorprendió más que un monje, un viernes santo por la mañana, no se abstuviera de tomar café.

Empezamos a hablar. De todo lo que se nos iba ocurriendo. Y me acuerdo bien de lo que desde los primeros minutos entendíamos, uno y otro, por *imagen de Dios*. Estuvimos de acuerdo en esto: la imagen de Dios en el Génesis se encuentra en el hombre y la mujer relacionados entre sí. No en el hombre. Y de este modo nos embarcamos en el tema de la relación y de todo lo que se basa en ella, incluidas la humanidad de las personas y el psicoanálisis. Que un viejo monje estuviera tan seguro de la importancia esencial de la mujer para el hombre, y del hombre para la mujer, suscitó mi asombro y también mi interés.

La libertad y la felicidad caracterizaban a aquel hombre radiante. Me dije a mí misma que, sin duda, el más feliz de los hermanos Lacan estaba aquí.

Durante esta animada conversación no vimos pasar el tiempo; cuando el toque de campanas que anunciaba el oficio puso fin a nuestro encuentro, ambos nos quedamos sorprendidos. Al dejar mi taza en la bandeja, me percaté de que la suya había permanecido llena, como si, simplemente, se hubiera olvidado de ella.

De modo que cumplió con su ayuno sin que a mí me afectara; no hubo ninguna presión por su parte, ningún sermón, ni tan siquiera un gesto que yo debería haber interpretado. El ayuno era asunto suyo, no mío. Y aunque usó la

taza de un modo distinto al mío, no tuvo inconveniente en poner una para él enfrente de la que me ofrecía a mí. Esta delicadeza extrema del gesto correspondía a lo que ocurrió también conversando con él. Entre ambos, el reparto de la palabra me pareció tan justo como el de las tazas. Con la singular diferencia de que, ahí, no ayunó; es más, posiblemente el café que no bebió esa mañana hizo que su palabra fuera más sabrosa...

En un encuentro como aquel, hablar del «Dios que es relación», de la imagen que nos da de él la relación humana, no es ninguna superchería.

Nos escribimos algunas cartas y le hice un par de visitas más en el monasterio, que él me devolvió en alguna rara ocasión en que estaba de paso por París.

Como en un cuento, me encontré ante dos personajes, dos hermanos, que me habían sorprendido al acogerme de manera tan distinta.

El primero me pidió dinero cuando yo pensaba que no tenía ningún derecho a hacerlo. El otro me había ofrecido tomar algo en un momento en que no podía imaginar que lo haría. Mis previsiones fueron falsas en ambos casos: uno quería disfrutar de algo de lo que me privaba; el otro me concedía el disfrute de algo de lo que él mismo se privaba.

El psicoanalista me había recibido como un maestro recibe generosamente a una estudiante que no tiene acceso a la universidad. Pero ahí donde me había permitido matricularme, no había sitio para mí, salvo que él ocupara el lugar de mi propio pensamiento: esto es, si renunciaba a mi propia investigación. Sin embargo, aunque fue un encuentro desencaminado y sin salida, me animó.

El religioso, en cambio, me acogió como un investigador acoge a otro investigador, para compartir ambos, simplemente, sus tanteos, sus descubrimientos. Me abrió la puerta como un viajero que se ha instalado tan solo por un cierto tiempo y acoge a otro viajero, preocupándose por su bienestar, sin imponerle la disciplina de su camino ni las visiones de su propio viaje.

Estos encuentros con un monje no han sido los únicos en mi vida; continúan, más allá de la muerte de Marc, con otros. Pero es con él con quien empezaron estos diálogos, y con quien, de algún modo, continúan. Las preguntas que planteamos, los caminos que se abrieron gracias a él, no han dejado de desplegarse desde entonces.

Es imposible reproducir nuestras conversaciones. Incluso si hubiéramos podido grabarlas sin interrupciones, la grabación no daría cuenta de ese modo de presencia mutua. Instantes como aquellos permanecen fuera del alcance de un relato. Creo que tan solo un retorno como el que se produce en los sueños puede permitir el acceso. La verdadera facultad de recordar está aquí en la imaginación, no en la memoria.

A esto se añade la acción del tiempo: han pasado más de diez años.

Así pues, las páginas que siguen presentan unos personajes muy distintos de nosotros (ella es judía, yo no), que no dicen lo que nosotros dijimos. Y, sin embargo, espero que el lector encuentre en ellas los desafíos, los temas de fondo, los efectos de aquellos encuentros. ¿Acaso la parábola no es el origen etimológico de la palabra?

En el fondo, si he escogido la forma del diálogo no es para repetir simplemente lo que vivimos, sino para situarme, incluso con la imaginación, en el ámbito de la palabra

que circula entre los que se escuchan. He aprendido, tanto del psicoanálisis como de la lectura bíblica, que este tipo de palabra puede llegar a donde no puede hacerlo una reflexión solitaria, incluso en sí misma. Cruzamos con el otro la puerta que a menudo no vemos. Es una puerta demasiado estrecha para que la cruce uno solo; en cambio, dos la cruzarán fácilmente. Esta «palabra entre» no crea solo nuevos pensamientos, sino que inventa lugares de encuentro. *Lugar de encuentro* era la expresión que utilizaban los marineros para identificar el puerto en el que, en caso de dispersión de la flota, se reencontrarían.

MARIE BALMARY
Pentecostés 2005

I

UNA MAÑANA DE FINALES de marzo, Ruth estaba en la terraza, al abrigo del viento, bajo ese primer sol de primavera que cada año nos recompensa de la paciente espera del invierno. Para ella, no era solo el inicio de la primavera y de una convalecencia; era uno de esos momentos de la vida en que esta tiene que detenerse, o bien volver a empezar de otro modo. Tras una enfermedad mal diagnosticada, cuyas graves complicaciones cardíacas la habían puesto en peligro y la habían conducido al hospital, tuvo que cerrar su consulta durante varias semanas. No podía ocuparse de los demás por el momento, le había dicho su médico; debía olvidarse del psicoanálisis, irse a algún lugar tranquilo, en plena naturaleza, no muy lejos de personas agradables que no le pidieran nada.

Dan y Noémie, unos amigos periodistas, se habían comprado hacía poco un chalet en una zona de media montaña. Una casa agradable, le habían dicho, con bonitas vistas, vecinos encantadores, justo en lo alto de un pueblo donde tenían amigos. Cada fin de semana se reunirían con ella. Ruth aceptó. Acababan de llegar y estaban comprobando que no le faltara de nada para sentirse a gusto. Dan regresó a la capital, mientras que Noémie se iba a quedar aún un par de días con ella.